

Viajes, diarios y visiones geográficas de los Andes venezolanos. Las paradojas de la abundancia y la carestía en tres textos del siglo XVIII

Luis Manuel Cuevas Quintero [□] 

Resumen

Esta investigación, desde un enfoque de geografía cultural e histórica, tiene como objetivo reconstruir un proceso de producción de imágenes e imaginarios geográficos de los Andes venezolanos durante el siglo XVIII. Así, se seleccionaron tres textos de letrados y religiosos que, en los viajes emprendidos, describieron y narraron una geografía lejana haciéndola visible. Sus impresiones permiten situar conexiones físicas e imaginativas de un tipo de escritura geográfica y sus percepciones utilitarias del medio andino que valoraron su abundancia o su precariedad.

Palabras clave: Andes, geografías coloniales, imaginarios geográficos, percepciones, Venezuela, viajes.

Ideas destacadas: artículo de investigación que muestra las prácticas espaciales de construcción de imágenes geográficas referidas a los Andes venezolanos durante el periodo colonial a través de tres textos del siglo XVIII.



RECIBIDO: 22 DE AGOSTO DE 2023. | EVALUADO: 15 DE SEPTIEMBRE 2023. | ACEPTADO: 13 DE MARZO DE 2024.

CÓMO CITAR ESTE ARTÍCULO

Cuevas Quintero, Luis Manuel. 2024. "Viajes, diarios y visiones geográficas de los Andes venezolanos. Las paradojas de la abundancia y la carestía en tres textos del siglo XVIII". *Cuadernos de Geografía: Revista Colombiana de Geografía* 33 (2): 274-295. <https://doi.org/10.15446/rcdg.v33n2.110731>.

✉ Universidad Pedagógica Nacional, Unidad Ajusco, Ciudad de México - México. ✉ mcuevas@upn.mx – ORCID: 0000-0003-1468-408X.
✉ Correspondencia: Luis Manuel Cuevas Quintero, Ciudad de México, México, Pomona 27, interior 304, Colonia Roma Norte, CP 06700.

Travels, Diaries, and Geographical Visions of the Venezuelan Andes. The Paradoxes of Abundance and Scarcity in Three Texts From the 18th Century

Abstract

This research, from a cultural and historical geography approach, aims to reconstruct a process of production of images and geographical imaginaries of the Venezuelan Andes during the 18th century. Thus, we selected three texts by scholars and religious people who, in the journeys undertaken, described and narrated a distant geography, making it visible. Their impressions allow us to locate physical and imaginative connections of a type of geographical writing and their utilitarian perceptions of the Andean environment that valued its abundance or its precariousness.

Keywords: Andes, colonial geographies, geographical imaginaries, perceptions, Venezuela, travel.

Highlights: research article that shows the spatial practices of construction of geographic images referring to the Venezuelan Andes during the colonial period through three texts from the eighteenth century.

Viagens, diários e visões geográficas dos Andes venezolanos. Os paradoxos da abundância e da escassez em três textos do século XVIII

Resumo

Esta pesquisa, a partir de uma abordagem geográfica cultural e histórica, tem como objetivo reconstruir um processo de produção de imagens e imaginários geográficos dos Andes venezolanos durante o século XVIII. Assim, selecionamos três textos de estudiosos e religiosos que, nas viagens empreendidas, descreveram e narraram uma geografia distante, tornando-a visível. Suas impressões nos permitem localizar conexões físicas e imaginativas de um tipo de escrita geográfica e suas percepções utilitárias do ambiente andino que valorizavam sua abundância ou sua precariedade.

Palavras-chave: Andes, geografias coloniais, imaginários geográficos, percepções, Venezuela, viagens.

Ideias destacadas: artigo de pesquisa que mostra as práticas espaciais de construção de imagens geográficas referentes aos Andes venezolanos durante o período colonial através de três textos do século XVIII

Introducción

A Nena Marcano *in memoriam*, 2004

El presente estudio indaga sobre los procesos de construcción de la imagen geográfica de los Andes venezolanos en el siglo XVIII y sus dimensiones imaginarias y materiales, en especial socioeconómicas y geoculturales ligadas a valoraciones del medio geográfico. Se estudian los textos de los letrados Miguel de Santiestevan y Basilio Vicente de Oviedo, titulados respectivamente: *Viaje de Lima a Caracas (1740-1741)* y *Cualidades y riquezas del Nuevo Reino de Granada (1763)* cuyo referente geográfico es la región andina correspondiente a los actuales estados Táchira y Mérida, y el *Diario personal* del obispo Mariano Martí que recoge en una de sus secciones de la *Visita Pastoral a la Diócesis de Caracas (1777-1784)* información referida a las estribaciones montañosas andinas —actuales estados Trujillo y parte de Lara, bajo su jurisdicción—. A través de pasajes contenidos en estos textos con intenciones diferentes, se busca reconstruir un proceso de descripción y narración de un territorio, la formación de imágenes y valoraciones de los Andes surgidas de la experiencia del viaje.

Siendo portadoras de descripciones de lugares, poblaciones, paisajes e inventarios de recursos, estas obras contienen percepciones, valoraciones y representaciones geográficas del mundo colonial andino venezolano pocas veces abordadas, por no decir que ausentes de los estudios tradicionales de geografía e historia más enfocados en los ordenamientos políticos administrativos o dedicados a áreas de estudio privilegiadas para el caso de Venezuela, la Guayana y las poblaciones y costas del mar Caribe.

En el contexto general de los estudios de la geografía andina colonial americana, esta situación de marginalidad del área andina de Venezuela se mantiene, siendo omitida cuando no invisibilizada; el foco de atención está dedicado en su mayor parte a los Andes centrales: regiones históricas del virreinato del Perú, la Audiencia de Quito y de Charcas, la Villa del Potosí y una pequeña porción del Norte andino correspondiente al virreinato de la Nueva Granada.

Vistos en conjunto y en su especificidad, los textos estudiados son ejercicios de descripción que comparten el lugar de enunciación y práctica del viaje, lo que autoriza a hablar de lo experimentado en el trayecto y sus itinerarios; de lo percibido en los lugares toma forma una valoración geográfica. Sus discursos y narraciones se convierten en documentos-testimonio del proceso

primario de construcción de un espacio geocultural y geoeconómico portador de un imaginario geográfico instituyente de sentidos y significados de los lugares y los fenómenos que, *a posteriori*, pudieran conducir la investigación a puntos fronterizos del conocimiento geográfico andino concebido como una totalidad compleja¹.

El conjunto de estos discursos nos aproxima a la producción de imágenes de contenido geográfico que determinan nuestros modos de relacionarnos con los espacios. Conforman en cierto modo un archivo y, si se quiere, un palimpsesto de imágenes geográficas que muestran un régimen de espacialidad que organizó el conocimiento de una región. Cada texto ofrece, en su especificidad narrativa, descripciones y fragmentos del paisaje, que se disponen a su vez como partes del espacio colonial.

En un contexto mayor, articulan un lugar de la memoria en un tiempo/espacio preciso: el siglo XVIII en los Andes septentrionales, en especial el ramal vinculado a la actual Venezuela, zonas montañosas y cordilleranas de Mérida, Táchira y Trujillo² (Figura 1). Esta región geográfica en el periodo colonial estaba en su mayor parte bajo jurisdicción del virreinato de la Nueva Granada, y una pequeña porción, el extremo nororiental, bajo jurisdicción de la Gobernación o Provincia de Venezuela. Luego del reordenamiento borbónico de 1777, la Capitanía General de Venezuela integró a Mérida, Táchira y Trujillo en su jurisdicción.

Teniendo a la vista esta área geográfica, se revisarán, como se ha señalado, tres textos coloniales: un diario de viaje, un diario personal de visita eclesiástica de carácter reservado y una relación o memoria geográfica. Los agentes de estos relatos (letrados y religiosos) recorrieron parte de los Andes venezolanos ofreciendo percepciones de esos territorios. Se buscará mostrar las formas de apropiación del paisaje andino y sus valoraciones que configuran el orden de lo imaginario y dan contenido a la representación geocultural y a la percepción geoeconómica portadoras de imágenes ambivalentes, de

1 La primera etapa de inscripción de lo andino en el discurso del orden colonial entre los siglos XVI y XVII está contenida en las crónicas e historias de Indias como las de Fray Pedro de Aguado y Fray Pedro Simón, como puede rastrearse en las fuentes documentales de los archivos.

2 El área de los Andes venezolanos integra también el piedemonte de Barinas; las estribaciones andinas de los Estados Lara y Portuguesa, y una pequeña subregión en la parte occidental del estado Apure, así como la Sierra de Perijá en el estado Zulia

discursos de la abundancia, de recursos y posibilidades; de los conflictos de sus poblaciones, de la situación de comunicación y de la impronta de su geografía montañosa y humana ligada a la vocación agraria.

Esta posición epistémica abre la perspectiva de lo imaginario y muestra la ilusión que impregna la imaginación geográfica en su complejidad explicativa y prospectiva de un espacio a transformar que se va ensamblando en los cuadros que los textos de los viajeros van estructurando mediante operaciones perceptivas del medio. Vale decir con Cosgrove y Della Dora (2009) que las conexiones,

físicas e imaginativas, derivadas de los viajes plantean procesos de construcción y desestabilización de la escritura geográfica. Este desplazamiento entre espacios y lugares se traduce, según Cosgrove (2008) y Gregory (2000), en la formación de una cultura de viaje que, a la vez que da cuenta de los itinerarios y vicisitudes de la travesía, genera un tipo de conocimiento geográfico y de representaciones que registran y amplían las miradas sobre el territorio, permitiendo la apropiación de los lugares. Este es un proceso que tiene como condición hablar desde los lugares y los recorridos, vividos y escritos.

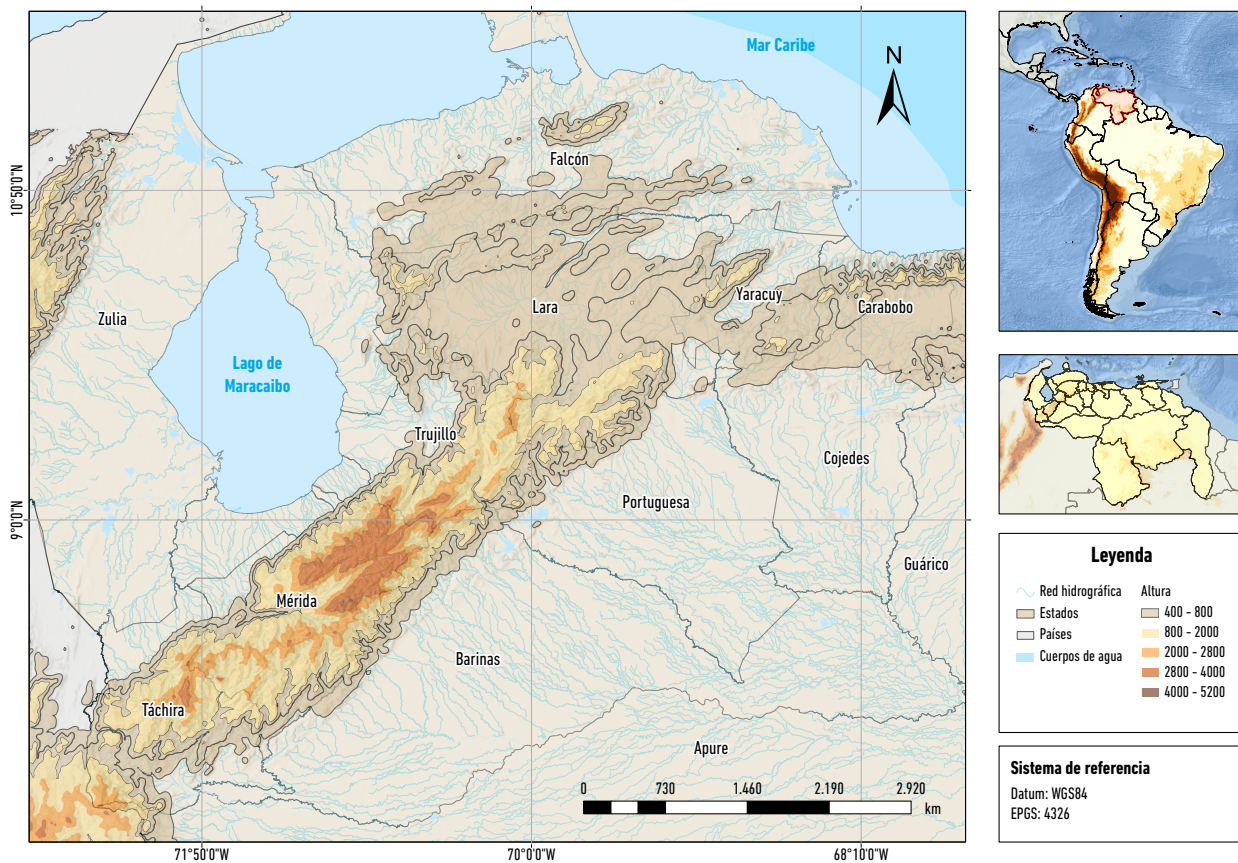


Figura 1. Mapa de los Andes venezolanos.
Datos: IGVSb (s.f.).

El sentido geográfico del viaje a los Andes y los campos críticos de estudio

Aproximarse a la región de Los Andes a través de las imágenes que van dándole entidad implica hacer legibles los mecanismos de aprehensión, apropiación y relación con el entorno. Desde este punto de vista, la experiencia geográfica del viaje que acontece en el siglo XVIII activa prácticas de escritura que dan noticia del espacio colonial

de los Andes venezolanos, caracterizado por tensiones entre los intentos de uniformización del orden territorial y la heterogeneidad presente en sus espacios diversos. En este marco de referencia, las economías agrarias y las condiciones físicas del territorio dominado por montañas y sierras planteaban a su vez problemas al ojo del viajero, cuya solución por momentos parecía irreductible al orden colonial o propiciaba una mirada prospectiva sobre ventajas y barreras observadas.

Las relaciones y narraciones de los viajeros y funcionarios poseen entonces una utilidad práctica que se enlaza con una experiencia del espacio traducida en el relato del itinerario y su travesía. Ofrecen miradas emergentes que muestran opciones para el desarrollo económico y poblacional, bases de la estabilidad en las geografías profundas del interior del continente o de su proyección. Ello en medio de ciertas precariedades y ventajas comparativas dentro de un marco determinado por los centros de poder metropolitano y de la economía de puertos coloniales con los que los espacios internos necesariamente debían relacionarse.

En otro plano, este estudio supone una revisión del *corpus* crítico. Sin pretender extendernos, el campo con referencia a los Andes está dominado por el monumental trabajo de Cunill Grau, *La América Andina* (1981), un texto que aborda de forma integral la vasta espina dorsal del sistema de cordilleras andinas vistas en su complejidad física, cultural, económica, social y política. A esta investigación, se pueden sumar monografías y estudios geográficos, atlas nacionales y otros registros cuya relación excede los límites de este trabajo, pero que hablan de un incremento del conocimiento específico de la región a través de abordajes temáticos de subregiones de la cordillera. Tratan temas dedicados a las miradas estéticas de las montañas andinas en las visiones de Humboldt y la ideología que asiste su discurso (Pérez Mejía 2002; Zinni 2019), o a la formación de imágenes geoculturales en las ciudades mineras como la Villa de Potosí (Vega 2021).

En conjunto, estos trabajos muestran un campo amplio para la comprensión de los procesos relacionales del ser humano con las montañas³. De esta forma, el estatus de los lugares vistos a través de sus documentos y sus operaciones prácticas conduce a una revisión de los límites disciplinarios de la geografía formal, apegada a datos cuya operación de conocimiento no se detiene a interpretar las relaciones fenoménicas; esto último sí lo propone, por su parte, la geografía cultural al mostrar y estudiar la correlación entre el espacio de experiencia del viaje y su narración. Otro pliegue para ser interrogado conduce a los imaginarios geográficos y a las percepciones que se proyectan sobre la materialidad de la geografía física, su aprovechamiento económico y las valoraciones

del paisaje que articulan dimensiones físicas con las de una representación valorativa del paisaje portadora de construcciones de sentido y significación.

Todo ello permite acceder a los sistemas de representaciones y a las formas de vinculación con el paisaje, las correlaciones y sus oportunidades para el desarrollo y el sustento, así como también a la imaginación o a la emergencia de valoraciones de lugares y espacios en la experiencia geográfica. En este orden de ideas, es posible interpelar los textos, sus bordes y emergencias del imaginario geográfico, sus encuentros con las geografías practicadas durante el viaje y los valores culturales, simbólicos y económicos que se les atribuyen a los espacios geográficos. Si se quiere, la mirada y percepción sobre un territorio no es desinteresada y va estrechamente ligada a la mirada del poder, aunque, en ocasiones, también sirva para cuestionarlo mostrando las grietas de un orden geográfico y su imaginario instituido.

Por ello los textos coloniales deben explicarse en su contexto, caracterizado por los lugares de enunciación de letrados o comerciantes, de religiosos e ingenieros militares y funcionarios de la Corona española. La geografía del poder revela en parte elecciones de qué mostrar, también ocultamientos u omisión de paisajes. Las percepciones ordenan y traducen el espacio geográfico a un sistema jerárquico de control o de ilusiones de control. De tal manera, que, si se acepta que el espacio está inevitablemente mediado por la cultura del observador y por su práctica concreta del espacio, se debería estudiar el papel que juega la cultura viajera en la construcción de una idea del paisaje andino venezolano.

Sin embargo, conviene advertir sobre la relación entre objetividad y subjetividad contenida en los textos. Sin pretender ubicarse dentro de un redil determinado, el imaginario espacial permite articular ambas posturas. Al respecto,

escribir la historia de los imaginarios espaciales no se reduce a reconstruir el desarrollo de los lugares (etapa esencial), ni a ofrecer sus usos sociales (esencial también), sino a intentar captar su identidad y, sobre todo, la manera en que esta puede afectar los sentimientos y los comportamientos en secuencias históricamente determinadas. (Kalifa 2019, 12)

Partiendo de estas premisas, la relación que el individuo y la sociedad establece con el espacio geográfico y los lugares es una mediación concreta e imaginaria con el paisaje físico y cultural que le rodea. A través del desplazamiento empiezan a emerger cuadros de una vasta

3 Adicionalmente, sobre la montaña se puede referir el trabajo de Broc (1991) y recientemente los estudios culturales y científicos de Cosgrove y Della Dora (2009), Della Dora (2016) y Martínez de Pisón (2017).

experiencia de lugares que resultan significativos. Dentro de este campo crítico, la centralidad del viaje como práctica productora de un tipo de conocimiento geográfico primario configura la mirada geográfica y la experiencia individual y colectiva del espacio mediadas por la cultura y el lenguaje (Tuan 2008).

Es sabido que el siglo XVIII, contexto que se tratará en este estudio, es el siglo de los viajes hacia los espacios interiores de América. Si bien, como señala Capel, esta excepcionalidad temporal y espacial del régimen de viajes puede discutirse, no es menos cierto que: “[...] el siglo XVIII quizás merezca con propiedad ese calificativo, porque probablemente en ningún otro momento han tenido los viajes un papel tan decisivo en el debate cultural y científico dentro del pensamiento europeo” (1985, s.p.).

El discurso geográfico transmitido en el siglo XVIII está impregnado de una tensión secular centrada en el progreso y la búsqueda de la felicidad y estabilidad “armónica” en los territorios del Imperio español, en sus centros nodales y ejes de poblamiento interior, pero también en las geografías periféricas y en cierto modo marginadas, en lo aún no conocido del todo. Estos valores, perfectamente identificables con las políticas ilustradas de los borbones, impulsaron exigencias de conocimiento y un reordenamiento del control territorial imperial a través de la implementación de medidas de fiscalización, elaboraciones de informes y el estímulo de las economías regionales. La búsqueda de una revisión más eficaz de los recursos e inventarios y de la producción en los virreinos, intendencias, provincias y capitanías, así como en las zonas especiales de misiones y de defensa territorial, constituyó el marco de un proceso de territorialización que pretendía consolidar la geografía política imperial.

Esta atmósfera de renovación del discurso que porta un fuerte componente territorial, según aprecia Gómez Canedo (1969), ayudaría a explicar la proliferación de relaciones e informes de carácter geográfico-económico. En general, y dominando el panorama del siglo XVIII, los viajes de circunnavegación, las expediciones de límites, las científicas —usualmente botánicas— y el viaje del naturalista son los más estudiados por su impacto (Moncada 2003; Pimentel 2003; Withers 2006; Brendeke 2016). Pero también, se plantea el problema de inscripción de otros viajes y cómo leerlos en clave geográfica. Esto implica considerar su variedad de géneros y los diversos pliegues e intenciones que estos llevan, desde meras diletancias a observaciones científicas, todas válidas, pues hablan de formas altergeográficas de construcción de imágenes y discursos espacializados. Surgía entonces una cultura

del viaje que integraba el *grand tour* o viaje pedagógico, el viaje del misionero y el visitador eclesiástico, el de los comerciantes, funcionarios, ingenieros militares, naturalistas y cartógrafos.

Estas tipologías comparten la necesidad de escribir lo visto y practicado, aunque los motivos, procedimientos y objetivos sean diferentes. Surge así una escritura viajera que en su multiplicidad recoge información, pero, también, muestra las prácticas instituyentes de un conocimiento que el propio desplazamiento produce, haciendo visibles ciertos espacios, descubriendo en ellos su utilidad o su precariedad. Esta escritura espacial se explica en los movimientos del narrador en tránsito en geografías que le resultan novedosas y curiosas; sus imágenes abren campo a la representación geográfica y a la apertura de un conocimiento construido en la práctica (Gregory 2000; Pérez Mejía 2002).

Para el caso venezolano en términos generales, los viajes interiores realizados en el siglo XVIII y la formación de un conocimiento geográfico han sido estudiados, entre otros, por Demetrio Ramos Pérez (1946), Pablo Vila (1969, 1980), Marco A. Vila (1996), J. H. Becco (1997), Manuel Lucena (1999), M. Ramírez (2003) y P. Cunill Grau (2007 y 2009); los primeros con una perspectiva más descriptiva de los procesos de producción de conocimientos científicos, de geografía política y económica; los dos últimos enfocando sus análisis en los marcos del reconocimiento territorial que produjeron cambios de percepciones y de imágenes geográficas y geosensibilidades.

Junto al campo más estudiado de las expediciones científicas y de límites con especial dominio de la Orinoquia y la Guayana, están otros viajes, los que algunos funcionarios, letrados u obispos emprendieron hacia espacios como el andino. Sus textos poseen una pluralidad de tópicos dispuestos en distintas claves interpretativas. Su visión geográfica permite descubrir una unidad discursiva con matices, dándoles cohesión dentro del discurso colonial, pero abriendo, a la vez, fisuras críticas sobre el estado de las geografías internas. Esos textos portan preocupaciones, informan sobre espacios parcialmente olvidados, poco conocidos o simplemente al margen del saber geográfico canonizado dentro de un monopolio de información⁴.

En este estudio, como se ha señalado, se adelanta una lectura de textos que, parcialmente distintos en los intereses que los mueven y en sus formas de construir

4 Sobre las directrices de una política de monopolio del conocimiento geográfico de América, véase Brendeke (2016).

imágenes geográficas, se cruzan sobre el espacio de Tierra Firme (Colombia y Venezuela) con especial referencia al espacio andino venezolano. Todo esto constituye, por el momento, el objetivo de esta investigación, enmarcada dentro de un proyecto de mayor magnitud que se enfoca en una revisión de los procesos de configuración de los imaginarios geográficos y de las relaciones fenoménicas de los seres humanos con el espacio físico americano (Cuevas, 2017).

En consecuencia, se busca problematizar la lectura del viaje y su escritura dentro del proceso de percepción y construcción de imágenes geográficas y de su valor instituyente en la geografía andina venezolana del siglo XVIII. Este proceso no puede reducirse a una suma de textos, sino que estos pueden organizarse dentro de una cultura que articula viaje y escritura, cuya excepcionalidad contenida en cada texto media entre los lectores, la realidad geográfica y la producción de imágenes —el viajero que no vive en el lugar, pero lo relata—; dispone y organiza en una escala mayor las visiones geográficas ofreciendo un orden de los lugares y sus relaciones materiales y económicas vinculadas con una pretensión universalista, que estimula paradójicamente una curiosidad por lo local ya perfilada en el siglo XVIII.

Este tipo de viajero agudiza sus formas de atención sobre la relación entre naturaleza y recursos, poblamiento y desarrollo. Su relato articula estrategias ambivalentes de escritura geográfica; a veces describe de forma objetiva lo que va viendo y agrega apreciaciones críticas sobre la administración de los territorios; en otras ocasiones, inserta narraciones que portan la emoción aventurera o de una curiosidad por las anomalías, por lo extraño o exótico de esas otras geografías que aún no poseen densidad en el universo de la literatura de viajes que se impulsa durante el siglo XVIII.

Una visión general de ese pasado geográfico se parece a un común olvido cuyo archivo con respecto a esta etapa de formación de imágenes de los Andes debe ser explorado. Se hacen necesarias lecturas en clave geográfica para ensamblar el orden de lo imaginario derivado de la experiencia del viaje que tratan de fijar y comunicar los tres viajeros que recorrieron parte de la cordillera andina venezolana en la segunda mitad del siglo XVIII.

Don Miguel de Santesstevan viaja de Lima a Caracas

El Viaje de Lima a Caracas de Don Miguel de Santesstevan (Úbeda, Andalucía, España 1685 - Santa Fe de Bogotá

1775) recoge una crónica de los itinerarios que siguieron el autor y sus acompañantes. El texto narra las vicisitudes de un viaje cuyo destino final es cruzar el Atlántico hacia España.

Un viaje hacia España desde el Perú o, en su defecto a cualquiera de las ciudades de la margen occidental de América del Sur, se emprendía principalmente por navegación de cabotaje hasta Panamá desde donde se hacía la travesía del istmo para embarcarse a España. La ruta marítima en tiempos de conflictos entre potencias resultaba peligrosa y los puertos, por su posición estratégica, se volvían inseguros.

Como es sabido, los vaivenes de la geopolítica imperial no se resolvían solamente en Europa, sino que afectaban los dominios de ultramar de estas potencias. Para el momento del viaje de Santesstevan, los puertos del Pacífico estaban amenazados, así como la ruta por Panamá, lo que obligaba a buscar vías alternas como la de Cartagena de Indias que también para el momento de este viaje estaba bloqueada por la flota inglesa. Por fuerza mayor, el viaje tuvo que realizarse por tierra atravesando lo que actualmente es Ecuador, Colombia y Venezuela hasta llegar al puerto de La Guaira (puerto natural de la ciudad de Caracas) (Figura 2). El resultado de esa travesía fue la escritura de un diario de viaje.

Más allá del carácter anecdótico que narra las vicisitudes ordinarias, se descubre en él una experiencia del espacio y el lugar sobre diversos paisajes, lugares y regiones que son registrados minuciosamente. El texto posee de entrada una intención didáctica de la geografía de recorridos con la preparación emocional que implica mostrar la “épica” del viaje “peligroso” que ya se anuncia en todo su dramatismo.

[...] verdad es señores que el camino que se propone es tan dilatado que pasa de mil leguas. Y que gran parte de ellas es tierra desigual en que hay tierras muy frías, valles muy ardientes, selvas entrincadas, bosques espesos y llenos de maleza, suelos inconstantes, sendas pantanosas y ríos caudalosos, pero siendo cierto que todo está poblado no debe de atemorizar [...] que la observación de varios climas, países y poblaciones [debe] entretenernos e instruirnos. (Santesstevan 1997, 39)

Se perciben en el texto dos actitudes propias de la naciente mentalidad ilustrada que predisponen la reacción del viajero ante el entorno con el que entra en contacto y que busca explicar. Por un lado, muestra un interés didáctico expuesto en las pormenorizadas descripciones que buscan abonar a la instrucción y recreación del

lector, y por otro, narra el conjunto de experiencias y sensaciones de una travesía peligrosa por espacios inhóspitos que el viajero iba viviendo y narrando al seguir un itinerario accidentado y, por lo tanto, “peligroso”. Todo esto registrado tan minuciosamente como investido de

la emoción de la aventura que la travesía propone, un recurso que formaba parte del espíritu de la época, de la cultura viajera, para ganar la atención de los lectores a través del entretenimiento.



Figura 2. Ruta de Miguel de Santiestevan hasta la zona andina venezolana, 1740-1741.
Datos: IGVSB (s.f.), IGAC (s.f.), FAO (2019), Plataforma de Datos Abiertos Perú (2023).

Utilizando la técnica de una crónica de viaje, las anotaciones que realiza Santiestevan expresan una mirada viva sobre los espacios interiores del centro y norte de América del Sur, revelando un individuo formado intelectualmente y educado en la mirada. Santiestevan era matemático, teniente coronel de ingenieros, superintendente en Santa Fe y corregidor en Vilcapamba (Virreinato del Perú). Santiestevan es un funcionario de la Corona que en su estancia en Santa Fe mantuvo lazos estrechos con el sabio José Celestino Mutis⁵.

En consecuencia, no se puede olvidar que su discurso expresa la mirada y mentalidad de un letrado y no la de un simple diletante. En sus descripciones de paisajes naturales y, sobre todo, humanos se refleja una naciente aptitud ilustrada correspondiente al ideal crítico del periodo borbónico que pasó a dominar las políticas de control, seguridad y evaluación del estado de los territorios bajo dominio imperial. La curiosidad por dar cuenta de la especificidad de los lugares contenida en sus descripciones se vincula a reflexiones críticas sobre cómo aprovechar las posibilidades de los Andes que reconoce heterogéneos en sus paisajes y recursos. Estos espacios en su mirada inquisitiva se encuentran marginados por diversos factores, entre ellos la propia topografía montañosa, y por el descuido de las políticas imperiales. Ello se observa cuando habla del desaprovechamiento de recursos que cada zona de los Andes venezolanos posee y del mal estado de las vías de comunicación, lo que aislaba las regiones entorpeciendo el comercio.

Santiestevan describe, en su ruta de viaje, un área de los Andes venezolanos que abarca desde el río Táchira hasta los páramos trujillanos. Entre otros lugares que va señalando están: Peribeca, la Villa de San Cristóbal, La Grita, Mérida, Ejido, Santo Domingo, Timotes, Tabay, Estanques, Bailadores, las Vueltas de Salomón, Mesa de Laura, Anis, Sabana de Estanques, Camino de los Callejones, cuevas de Esteban. Para tener una idea de las extensas magnitudes recorridas, utiliza el método de medir las distancias entre poblaciones por leguas de camino facilitando una representación de la extensión de un área o territorio.

Ante este escenario, se puede ver que su mirada de funcionario español percibe los problemas económicos y de relaciones humanas con el espacio físico, concebido como base material de esa correspondencia entre el

territorio, sus recursos, vías de comunicación, posición relativa y población, unidos a la necesidad de proyectos que estimularan la actividad económica. Así, se percata de la conexión de caminos intramontanos, de abras de montaña y vías fluviales entre los Andes y el lago de Maracaibo, cuyo puerto es clave en los flujos comerciales de esta región por su posición y condiciones. En efecto, los tramos de La Grita, San Cristóbal y Mérida se conectan con el puerto de Maracaibo a través del río Táchira y algunos de los ríos de la cuenca del Chama, como el Escalante y el Chama. Estas vías de penetración señalan, por lo tanto, una ruta que se considera natural y expedita para favorecer los intercambios, pese a la presencia de las tribus hostiles y en resistencia como los motilones, que afectan —como él mismo logró recoger de los testimonios de sus habitantes— la seguridad de comercio. También observa esta misma dinámica conexiva en el tramo norte de los Andes, es decir, entre Trujillo y Maracaibo, a través de la cuenca del Motatán y con el valle de San Felipe (Carora) hacia la depresión de Barquisimeto y de allí hacia los centros urbanos y puertos del Caribe en su fachada norte.

Los caminos andinos descritos por Santiestevan hablan de lo accidentado de su estado y de su composición física; el viajero observa sus características: son gredosos (resbaladizos en tiempos de lluvia) y arenosos. Por ejemplo, los caminos de los Andes hacia los llanos, en especial, el de los callejones en la vía Santo Domingo-Barinas, son calificados como un trayecto peligroso, sobre todo en temporada de lluvias por la inestabilidad del terreno, los derrumbes y las vaguadas que, en la mirada del viajero, “causaban espanto”.

En otro plano de la observación, todos los espacios descritos por el letrado son fértiles, aptos para la producción; de manera que la obra codifica un inventario de recursos y un conjunto de observaciones sobre las opciones geográficas presentes en los Andes venezolanos cuya vocación, para Santiestevan, es decididamente agrícola, sobre todo en los valles y mesetas con condiciones climáticas y de suelo favorables para el cultivo.

La mirada económica del viajero fija su atención en dos productos: el cacao y el tabaco que producen excedentes rentables en el comercio colonial, la referencia se dirige a las haciendas situadas en zonas más bajas pero controladas por las ciudades andinas. No obstante, estos rubros aún no logran activar económicamente las ciudades en estos parajes andinos. La razón: las vías de comunicación precarias que, de mejorarse, contribuirían a mayor fortalecimiento de los núcleos poblacionales

5 Véanse en detalle las referencias biográficas y de vida intelectual de Miguel de Santiestevan en Cárdenas (1997).

financiados por la bonanza de estos productos coloniales. De esta manera, respecto al tabaco que se produce en La Grita, el viajero aprecia que

[...] si se tomase alguna providencia para que los cosecheros le diesen una buena salida, se aumentaría en gran manera la cosecha y la población [...] disminuida [...] cada día más, por la pobreza y por la falta de comercio que tiene. (Santiestevan 1997, 135)

La misma visión de las condiciones imperantes y la relación entre producción agrícola y consolidación del poblamiento se repite en el caso de Mérida, al observar que se sostiene de las haciendas de cacao como la de Estanques y otras más localizadas en las zonas bajas, húmedas y de temperamento cálido de la cuenca del Chama, pero afectadas en sus tratos comerciales por los caminos hacia los puertos. Esta relación entre la riqueza y las barreras existentes aparece frecuentemente. Luego de describir la situación geográfica y el emplazamiento de la ciudad de Mérida, Santiestevan señala que:

[...] esta ciudad por lo material de sus casas y edificios, por lo bien delineado de sus calles y extensión de ella, manifiesta nobleza y comodidad de sus primeros fundadores, y compadece la constitución a que está reducida por su pobreza y total falta de comercio originada por haber abandonado las fértiles vegas del Chama, en que sus vecinos cogían abundante cosecha a la pequeña y bárbara nación de los indios motilonos sus confinantes, y faltándoles esta negociación [de cacao] que la hacía útil, la preciosa calidad del fruto, está reducido su comercio a Maracaibo [...]. (1997, 139)

La visión organizativa del espacio en toda la descripción que sigue sobre la relación de poblamiento en la cuenca del río Chama con dirección hacia el norte habla de un patrón de asentamiento longitudinal como un rosario de pueblos siguiendo o bordeando el trazado del río principal. Luego, este enfoque contrasta y se polariza con el de la provincia de Trujillo caracterizada por la despoblación y precariedad de los asentamientos, causas que el viajero atribuye también a la falta de comercio y a la amenaza de tribus motilonas. Los territorios, en consecuencia, están en su mirada, debilitados en sus comunicaciones de por sí vulnerables por las condiciones topográficas, climatológicas y de tribus hostiles.

Al adentrarse un poco más en estas percepciones, se ve que las condiciones climáticas y de recursos hídricos en los Andes tampoco escapan a su mirada y reciben una atención peculiar. Los climas son percibidos como

de “temperamento benigno” como el que observa en Peribeca, fresco por la elevación. De “temperamento frío” en los páramos, pero de vocación para el trigo y la papa como en Mucuchíes. O zonas cuyo “temperamento” es de templado a cálido que favorecen más el poblamiento. No obstante, la curiosidad geográfica se manifiesta: Mérida, para Santiestevan, posee una particularidad climática, pues

[...] goza esta ciudad y sus contornos de tan dulce y benigna temperie por la situación natural y geográfica de su terreno, que se dice que en el periodo de un día logra templadas las 4 estaciones del año; produce con abundancia todo género de mies y frutos en su ejido [el campo común de la ciudad situado en su periferia inmediata]. (Santiestevan 1997, 140)

Santiestevan advierte claramente la relación entre temperaturas y altitudes, descubriendo el potencial que ofrece cada piso térmico para el desarrollo de producciones de variada naturaleza y paisajes humanos.

Otro elemento físico que permite estructurar la imagen geográfica de la región andina es el de los recursos hídricos. Sobre La Grita dirá: “[...] la mucha agua que en acequias corre por las calles y fecunda las huertas hace alegre el sitio, su temperamento es tan benigno que lleva de todos frutos [...]” (Santiestevan 1997, 134). En Mérida, el viajero observa la riqueza hídrica de un lugar surcado por cuatro grandes ríos: Mucujún, Albarregas, Chama y Milla, que se originan en las cordilleras nordeste y sureste y tienen vertiente hacia el lago de Maracaibo. Por otro lado, ve la vinculación del río Santo Domingo con vertiente hacia los llanos como una ruta que puede aprovechar el comercio de tabaco y de ganado.

En cuanto a los aspectos culturales, Santiestevan percibe que los indios que habitan esta región son educados en “buena policía”. Es decir, da cuenta de que las normas españolas y la difusión del habla castellana han tenido una extensión efectiva en el territorio expresada en la adopción de una lengua común, cuestión que para un funcionario proveniente del Perú podría ser admirable dado el carácter de multilingüismo presente en los Andes centrales. Su observación es coherente con la de un funcionario perteneciente al estrato hegemónico y, en consecuencia, no puede ver en los indios sino menores de edad, cuerpos dóciles para el vasallaje o salvajes que deben plegarse a la civilización como los motilonos, siguiendo para ello y de forma instrumental la organización de asentamientos en pueblos, según el modelo hispano que establecían las leyes de Indias.

Como se ve, la perspectiva de la crónica de viaje de Santiestevan construye una visión geográfica y una imagen del espacio andino marcado por una vocación agrícola dedicada a cultivos variados. Los climas dispares, un efecto de sus diversas altitudes, no son, para él, barreras, pues ofrecen condiciones para la explotación del trigo y otros cultivos propios del modelo de implantación colonial. No obstante, la economía de la región es dependiente, sobre todo, de los productos más rentables del mundo colonial del siglo XVIII: tabaco y cacao, base material para la consolidación de las poblaciones en los espacios altiandinos, en sus valles, todo bajo la condición de la mejora de las comunicaciones, es decir, el viajero asoma un principio conexivo propio de una visión geográfica que cobra un valor clave para el desarrollo económico de la geografía andina y su organización y activación.

Basilio Oviedo: cualidades y riquezas de los Andes nororientales del Nuevo Reino

A mediados del siglo XVIII, algunos de los territorios que integran la Nueva Granada son todavía una incógnita relativa para los habitantes de la capital Santa Fe y también para el centro imperial. Es en este contexto donde debe entenderse un estudio de agudas observaciones como *Cualidades y riquezas del Nuevo Reino de Granada* de Basilio Vicente de Oviedo. Según se desprende de la dedicatoria que hace en el libro el autor, hay una intención explícita que se enfoca en dar cumplimiento a la Real Cédula de San Ildefonso de 1739, cuyo fin es informarle a su majestad el rey y el virrey acerca de todas las provincias, poblaciones y gentes de este Nuevo Reino (Oviedo 1930, 2). Pero también, este letrado buscaba ofrecer un texto que tuviera utilidad práctica en el desenvolvimiento local, al dar noticia a los sacerdotes que venían sin conocimiento sobre los lugares designados para su ministerio, así como informar al arzobispado del potencial (de almas y material) de los curatos, de ahí que el texto (tomo X integrado en la obra) lo tituló: *Pensamientos y noticias escogidas para utilidad de los curas*.

Entre el texto de Santiestevan y *Cualidades y riquezas del Nuevo Reino de Granada* de Basilio de Oviedo, median 22 años. Escrito en 1763, su título completo es: *Del Nuevo Reino de Granada y sus riquezas, y demás cualidades, y de todas sus poblaciones y curatos, con específica noticia de sus gentes y gobierno*.

Basilio de Oviedo (Socotá, Departamento de Bogotá, Colombia, 1699 - Bogotá, 1774), igualmente es un letrado. Formado en el Colegio de San Bartolomé y ordenado

sacerdote en Popayán, ejerció además como Comisario del Santo Oficio. Se reconoce en su obra un valor geográfico y de historia natural de tipo descriptivo, aparte de que se señala su influencia en la notable y reconocida obra geográfica del quiteño Antonio de Alcedo *Diccionario geográfico-histórico de las Indias Occidentales o América*, escrito entre 1786 y 1789⁶. El texto de Oviedo también, según observa Cuervo (1930), fue libro de cabecera de Manuel de Ancízar, autor de la *Peregrinación del Alpha*, en la que, como es sabido, se recogen las descripciones de la Comisión Corográfica colombiana iniciada en 1850 que produjo otro giro en la mirada geográfica, el giro nacional; este vínculo muestra en parte la recepción y valor geográfico que se le atribuía a la obra de Oviedo, sobre todo como fuente de información o de datos curiosos.

El libro ofrece primeramente una serie de datos generales del Nuevo Reino, situación geográfica, coordenadas de longitud y latitud, inventario de recursos, descripción de regiones, extensión y límites del virreinato. Entre las riquezas descritas que se disponen como un inventario, están: metales preciosos, minas y vetas; árboles, plantas medicinales y de tintas. Hay referencias continuas al cacao, hortalizas, fauna e incluye datos de la composición étnica y, desde el punto de vista de los asentamientos, una relación de poblaciones y curatos, dando cuenta, además, del número de vecinos que integran cada espacio. En otro plano, da explicación al origen de los vientos y su cualidad fría o caliente según las regiones y cómo afectan al ser humano, así como sobre su influencia en la construcción de las casas para obtener mejor ventilación o resguardarse de su influencia y efectos a la salud, un campo temático propio de la emergencia del paradigma de salubridad e higiene, pero también del debate sobre el clima y sus influencias.

No obstante, más allá de la descripción que aporta información estratégica para la administración colonial bogotana e imperial, y ciertas curiosidades científicas, el texto construye, sobre todo, un discurso de la abundancia⁷. Oviedo percibirá al virreinato como una extensión territorial privilegiada y contradictoria a la vez, en cuyo

6 Un estudio filológico realizado por Luis A. Cuervo (1930) detectó pasajes casi idénticos, véase *Prólogo* a la obra de Vicente Basilio de Oviedo, páginas XVIII-XIX.

7 Sobre la importancia de esta categoría y su rol en los discursos coloniales y en los discursos literarios, véase Julio Ortega (1992).

interior se presentan obstáculos para la explotación de los recursos y la circulación de bienes:

es el Nuevo Reino de Granada la provincia más rica de todas las Indias y al mismo tiempo es la más pobre respectivamente. Esto que parece paradoja, se conocerá por lo que ya diremos. Hállase hoy el Nuevo Reino tan falto de medios reales para su comercio. (Oviedo 1930,15)

Nuevamente, se ve una preocupación constante entre recursos y falta de comercio y capitales. De manera que el mundo colonial no es descrito como un espacio exento de tensiones y contradicciones estructurales. Estas se presentan en la visión del letrado como una polaridad entre la abundancia y la riqueza, y la ausencia de empresas y capitales para la explotación que condicionan la vida en sus poblaciones.

El texto de Oviedo ofrece una visión jerarquizada del virreinato y sus jurisdicciones. En la visión organizadora del espacio del Nuevo Reino que propone el autor, hay lógicamente una consideración religiosa. El espacio tal y como lo percibe es un espacio delimitado, subdividido por curatos, cuya valoración hará por “cualidades” y “cantidades”, es decir, por características geográficas naturales, humanas y emolumentos (rentas a la iglesia). A esto se suman los atributos de descripción de los sitios urbanos que son medidos en función de la presencia y número de iglesias, conventos, haciendas, colegios, edificios y política. Estos elementos servirán a la vez para darle contenido a su modelo espacial en lugares que se polarizaban en dos extremos perceptivos: apreciables y no apreciables en función de los atributos anteriormente señalados, a los que agrega el tema del capital, que es —junto a los climas, como se verá más adelante— un dato clave para el valor y sostenimiento de cada núcleo poblacional.

En consecuencia, los curatos se estructuran, para él, en una escala que va de primer a quinto orden; así, los de primer orden serán medidos por rentas superiores a 1.000 pesos y los de quinto o ínfimo orden por rentas menores a 300 pesos. Oviedo señala que estos espacios están organizados no solamente por las dos ciudades más grandes del Nuevo Reino: Santa Fe y Tunja, sino que percibe también un fenómeno de formación de otros centros que, aunque subalternos a los anteriormente mencionados, organizan a su vez sus propias jurisdicciones, tales como Mérida y Neiva.

No hay pruebas de que Oviedo hubiese viajado a las poblaciones andinas de Mérida, La Grita o San Cristóbal, pero la forma en que describe los trayectos y lugares no

descarta esa posibilidad; cuando menos, obtuvo información de viajeros que sí estuvieron en ella o de relaciones contemporáneas primarias. La descripción que hace sigue la práctica de enlazar descripciones de lugares con una especie de mapa que se articula en la dimensión de la representación imaginaria. El mapa que se incluye para poder enmarcar el área andina que describe permite hacerse una idea de la proyección y cobertura geográfica de los territorios andinos que considera y describe en su relación de un territorio rico (Figura 3).

Mérida en los actuales Andes venezolanos se convierte en el lugar central que articula la red de curatos (asentamientos religiosos) del nororiente del Nuevo Reino, su frontera más extrema, que luego, como se ha señalado, sería puesta bajo jurisdicción de la Capitanía General de Venezuela en 1777.

A esta mirada taxonómica y jerárquica de las redes de asentamientos del virreinato, Oviedo agrega aspectos que vinculan las conductas de las gentes (fuerza de población) con las condiciones de sus climas (benignos y nocivos) y las distancias a centros de mayor densidad poblacional como un factor de conexión y control; no obstante, no son determinantes, como observa para Neiva y Mérida con sus características excepcionales que las ubica en el primer orden según su mirada, por ejemplo.

Nótese así, que para la graduación de un curato se debe atender no solo al emolumento que produce sino aún más, y principalmente, lo benigno y nocivo de su temperamento clima. Si es sano o enfermo y la bondad y perversidad de sus vecinos, si son dóciles y de buenas inclinaciones o ásperos y revoltosos, si se conservan ancianos y robustos, si feraz o estéril terreno, si los alimentos y aguas son oportunos y propicios y si está en paraje fácil para conseguir compañeros [...] Por todo lo cual, juzgo más propios y apetecibles curatos cercanos a las ciudades en particular los de Santafé y Tunja. Ítem: si la administración es fácil, cercana y sin peligros de ríos u otras incomodidades de caminos; si es cercano o retirado; si es cercano a la capital Santafé y en camino real, pues ningunos más remotos a ella que los curatos de Mérida y Neiva, que están en los últimos términos del arzobispado: Mérida a la banda del norte, veinte jornadas cortas distante de Santafé, y Neiva al mediodía, distante catorce jornadas de Santafé, y uno y otro son de los curatos mejores y de primer orden. (Oviedo 1930, 92-93)

En toda la descripción de los Andes que integran la actual Venezuela, llama la atención la fijación de la valoración que hace con Mérida que es situada en el primer orden jerárquico junto a ciudades como Santa

Fe, Tunja y Pamplona (Oviedo 1930, 78), mientras que ciudades como La Grita y la Villa de San Cristóbal que, aunque importantes por su posición, son ubicadas en el segundo orden. El espacio andino en la visión de este letrado criollo no se inscribe en la relación

centro-periferia tradicional expresada en un espacio de auge y desarrollo cultural y otro de depresión y barbarie asociada con lugares distantes al centro nodal metropolitano. Esos lugares alejados pueden también ser zonas de oportunidad y de desarrollo.

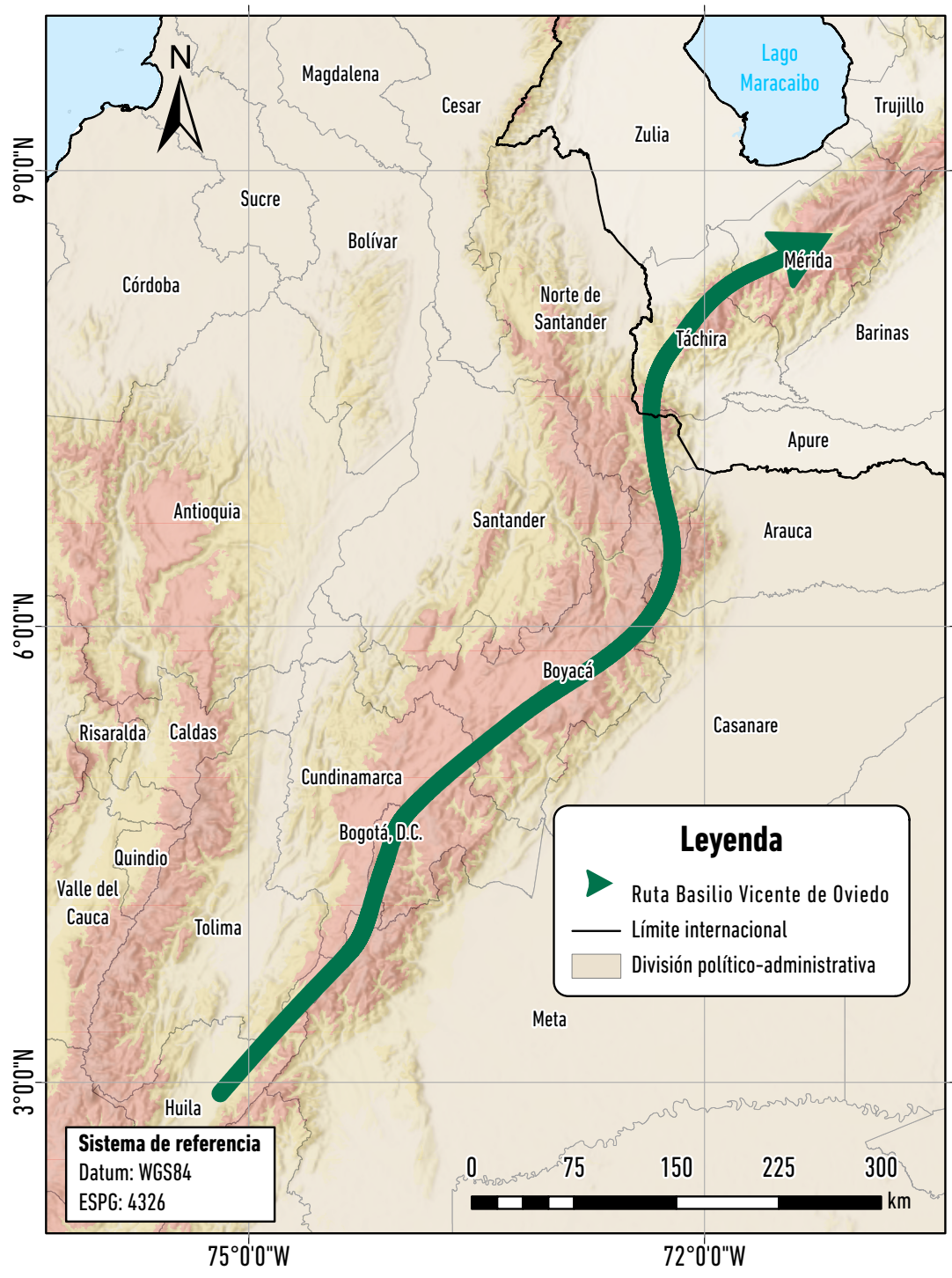


Figura 3. Proyección de los Andes venezolanos en *Cualidades y riquezas de la Nueva Granda* de Basilio Vicente de Oviedo, 1763. Datos: IGVSb (s.f.), IGAC (s.f.).

Para Oviedo, Mérida, situada en la banda norte de Santafé, forma junto a Neiva uno de los curatos distantes, y posee ventajas físicas importantes. El letrado percibe un emplazamiento rico en recursos hídricos: ríos Chama, Albarregas, Mucupen (Mucujún) y el Milla; ello es favorecido por su clima claramente influenciado por las altitudes y la relación con las horas de radiación solar que se traducen en un fenómeno climático curioso en su percepción y propio de las zonas montañosas andinas.

Tiene otra particularidad Mérida, [...]; que cada día goza de las mismas cuatro estaciones que se experimentan, de trece horas de frío (a proporción, pues su temperamento es frío templado), cinco de horas de primavera templada y seis horas de caluroso otoño. De modo que, desde las seis de la tarde hasta las siete de la mañana, que es una hora de que sale el sol. Es frío el temperamento a causa de las Sierras Nevadas que tiene a la vista. Desde las siete de la mañana hasta las diez, goza de primavera templada, a causa del sol que la va templando; y desde las diez del día hasta las cuatro de la tarde, es caluroso por los mismos rayos del sol que la baña, circundándola las Sierras Nevadas. (Oviedo 1930, 206-207)

Pero lejos de percibir en la alteración diaria de temperaturas un obstáculo al desarrollo, Oviedo ve en ella varias posibilidades de explotación que se reflejan en sus diversos pisos térmicos: “[...] su terreno es muy fértil, que produce todos los frutos de tierra fría, templada y cálida” (Oviedo 1930, 207). La visión climática de los Andes venezolanos que ofrece Oviedo no es uniforme, sino de varias tipologías descubriendo tres manifestaciones de su diversidad: i) temperamento cálido, sano y ameno: Ejido, Lagunillas, San Juan, Chiguará, Villa de San Cristóbal, ii) temperamento frío: Mucuchíes, Mucurubá, Santo Domingo, y iii) temperamento templado: Timotes, Mucunío, Acequias, que se suman al caso excepcional de Mérida.

Otro aspecto resaltado por Oviedo es el comercial, cuya vinculación, en lo que respecta al área andina-venezolana, percibe en dos sentidos de comunicación: con el Nuevo Reino y con la provincia de Caracas. En este punto, dos lugares son claves, uno a través de la raya de Timotes que se conecta con Trujillo y luego con la depresión de Barquisimeto, partes de la provincia de Caracas como se ha dicho y, el segundo, cruzando La Grita —situada a cinco jornadas de cada una— con la conexión entre Pamplona y Mérida en el camino real a Santa Fe.

Coincidiendo con Santiestevan, llama la atención acerca del peligro de los indios motilones que acechaban poblados, haciendas de cacao y caminos, sobre todo en los trayectos entre las ciudades y pueblos andinos y el sur del lago de Maracaibo. Así, las rutas comerciales, especialmente las que vinculan las montañas con las zonas bajas de la cuenca lacustre, eran continuamente interceptadas por grupos étnicos hostiles y en resistencia a la penetración hispánica, lo que forzó declararla zona de misión otorgada a los misioneros capuchinos.

La visión geográfica de Oviedo cruza la mirada del funcionario que observa los espacios socioeconómicos con las percepciones del clima que asocia a los temperamentos y a una suerte de relación entre el determinismo y las posibilidades de adelantar progresos. Ello muestra, en cierto modo, las dificultades que enfrentaban estos letrados al construir una imagen geográfica andina homogénea. La visión al jerarquizar muestra el conflicto entre el discurso de la abundancia y la riqueza con la pobreza manifiesta de muchos de sus centros poblados con la excepción de la ciudad de Mérida. Precariedad y riqueza marcaban estos territorios andinos y, sin embargo, su visión prospectiva se articula con el deseo de llamar la atención a la administración colonial al mostrar lo que él mismo señaló como paradojas.

El Obispo Mariano Martí: un catalán en los Andes

El viaje que el obispo Mariano Martí emprendió a los territorios adscritos a la Diócesis de Venezuela duró 14 años⁸. Durante su visita pastoral de 1771-1784 anotó minuciosamente datos, observaciones y recabó un interesante balance de la situación administrativa de su jurisdicción. Su obra se ha convertido en un testimonio de indiscutible valor para el conocimiento de la Provincia de Venezuela.

La visita pastoral constituía un deber impuesto por el Concilio de Trento a los obispos y prescribía la necesidad de que el obispo se desplazara por todas las extensiones territoriales asignadas a la diócesis que administraba, con la finalidad de conocer el estado espiritual y las condiciones materiales de existencia de sus habitantes. De manera que un lector poco conocedor o prejuiciado no aconsejaría buscar en los textos de Martí informaciones geográficas, dado el carácter religioso de estos. Sin

8 Sobre la vida del obispo M. Martí consúltese a Pablo Vila (1980a), Gómez Canedo (1969, xv-cxi) y Parra León (1928).

embargo, una lectura menos superficial revelaría que, entre sus tópicos, el tema geográfico se constituye en un referente de singular importancia al articular la dimensión espacial de un texto que valora los territorios. Todo esto es expresado en las descripciones de los lugares que visita y en la elaboración de un mapa, hoy perdido en original y copia, trazado en el trayecto seguido por toda la diócesis.

La presencia de información de tipo geográfica no puede explicarse solamente como una aptitud personal del observador o un mandato de la Iglesia, sino como un requerimiento formal de la Corona española. Señala al respecto Gómez Canedo que:

[...] los Obispos hispanoamericanos tenían, además, mandato preciso de enviar al Rey una relación detallada de sus visitas pastorales. Así fue ordenado por Felipe II por Real Cédula de 5 de agosto de 1577, que confirmó después Felipe III en 1641. (1969, XXXIV)

Dentro de una política estratégica de conocimiento geográfico de América, el objetivo central de monopolizar el saber territorial y espacial se vuelve funcional al menos teóricamente. Las visitas se inscribían dentro de estas exigencias y podemos mencionar relaciones de singular importancia para Venezuela como la de Martínez de Oneca, obispo de Puerto Rico, la de fray Iñigo Abad y la Sierra, la relación de Manuel Jiménez Pérez y la del obispo Martí, entre otras que a la vez que registran reservan datos, rutas, condiciones y estado de los lugares.

Dada su naturaleza, estos textos ofrecían un saber que ayudaría a mejorar el conocimiento de los territorios sujetos a la administración de la Corona y a la acción religiosa. Una cantidad de datos se desprenden de estas relaciones: datos demográficos, grupos étnicos, número de pueblos y estados de los asentamientos, haciendas, hatos, trapiches, puertos, tipo de producción, fuerza de producción, límites, extensión, características climáticas, emplazamientos, entre otros de igual relevancia.

Esta información, pocas veces reconocida hoy en día, ayudaría a comprender mejor la visión que se tenía sobre los espacios americanos en el siglo XVIII y sobre la formación de imágenes geográficas que animaban la intervención en los territorios.

Para el obispo Mariano Martí, nacido en España (Tarragona, Cataluña 1721 - Caracas 1792) y formado en la Universidad de Cervera, Lérida, el espacio americano de Tierra Firme no le era desconocido. En 1761, fue destacado como obispo en la Diócesis de Puerto Rico (que abarcaba la provincia de Margarita y Nueva Andalucía

hasta las riberas del bajo Orinoco) y entre 1764-1766 visitó Margarita y el oriente de Venezuela llegando hasta el sur en Angostura y Cabruta al borde del río Orinoco. Desde 1769, fue designado obispo de Caracas y dos años después emprendió su largo viaje que lo llevaría a los confines de los territorios de la Provincia de Venezuela.

Durante ese viaje en 1777, ingresa a la zona andina de la diócesis correspondiente a Trujillo, cuyo límite, “la raya”, con la provincia de Mérida se demarcaba en los curatos de Timotes (Arzobispado de Santa Fe), curato de Jajó y la Puerta (Obispado de Caracas) (Figura 4). Martí mide las distancias del recorrido entre pueblos en leguas: 5.572 km, dando cuenta de los accidentes topográficos de los caminos y de sus condiciones de tránsito en la relación de conexión.

Una serie de ciudades, pueblos y rancherías andinas, topónimos, ubicaciones de las distancias entre asentamientos, accidentes topográficos, estado de las vías de comunicación, calidad de tierras, climas, recursos, composiciones étnicas de los poblados y conflictos entre ellos desfilan por las descripciones del *Libro personal* de Mariano Martí. Todo ello abarcando un área que se extiende desde las montañas llamadas Humocar Alto y Bajo y el páramo de las Rosas, hasta los límites con el arzobispado de Santa Fe en los territorios correspondientes a Mérida y Táchira.

Llama la atención en su narración, la preocupación por fijar con detalle las toponimias sobre todo, al mencionar a las poblaciones con las advocaciones de sus santos y señalar en cada uno de ellas la presencia de sitios de culto que parecen, en su visión geográfica mediada por su condición de religioso, organizar el espacio en una especie de territorio sagrado. Ello podría interpretarse como una práctica de apropiación simbólica y material del espacio. En consecuencia, la territorialidad que expresaría Martí está representada de dos formas que se ligan al control religioso:

1. En las toponimias religiosas: los nombres de los pueblos revelan claramente un ejercicio de poder propio de la colonización hispana que no elimina del todo la toponimia indígena, sino que la subalterniza. Seguido de los nombres antepuestos de los santos, está el nombre indígena, cuya persistencia en los asentamientos y en el nombre de fenómenos geográficos como lagunas y montañas habla de un intercambio y una tensión dentro del propio discurso colonial, como se ve además en todas las Américas.
2. En las referencias a iglesias, capillas y oratorios: estos emplazamientos que describe con especial atención en

los Andes (su lista es extensa) se convierten en anclajes materiales y geosimbólicos de la presencia evangelizadora; son signos y marcas de la superposición

religiosa sobre el espacio político que se organiza a través de ellas, esto al menos en el antiguo régimen.

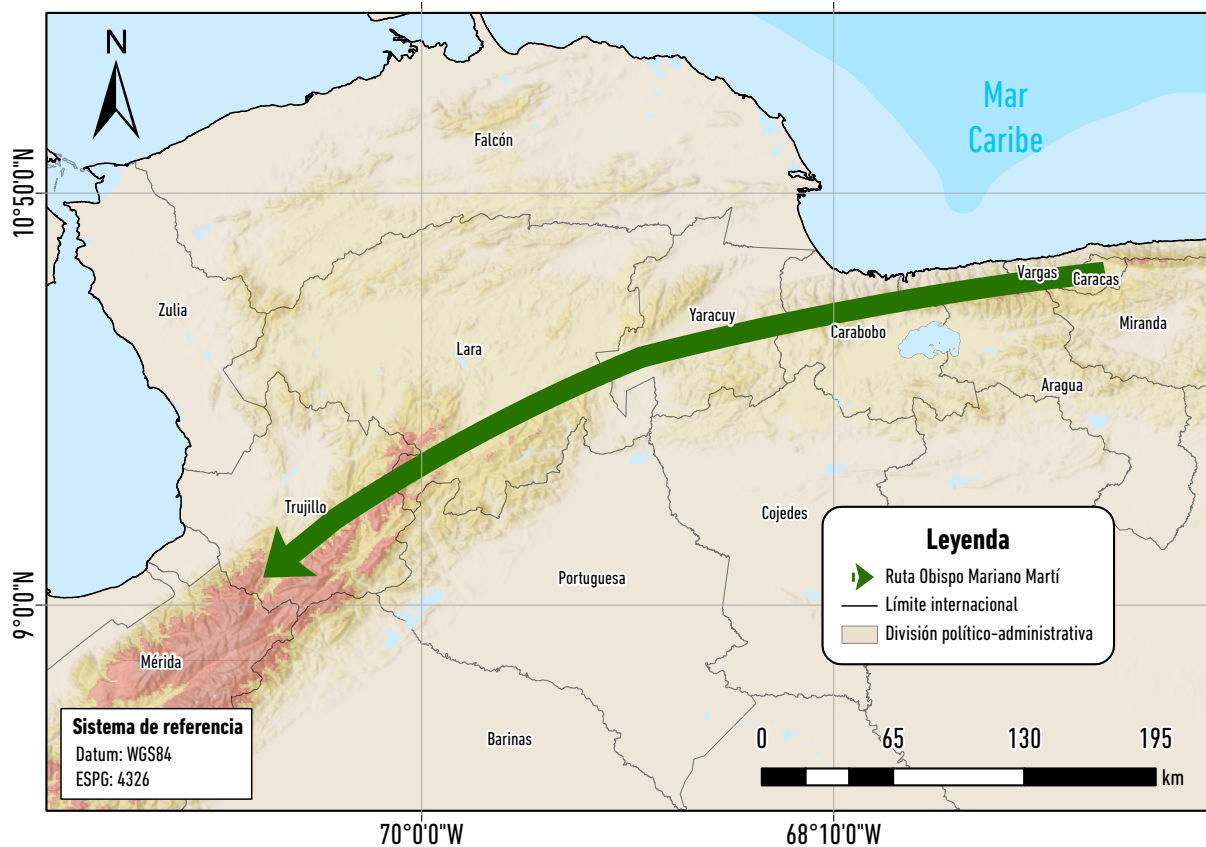


Figura 4. Ruta de Mariano Martí hacia los Andes venezolanos.
Datos: IGVSB (s.f.).

Ambas referencias organizativas revelan un control ideológico de la religión cristiana sobre los asentamientos humanos.

En otro plano de la mirada viajera, se observa en Martí una preocupación constante por el estado de las vías de comunicación de esta subregión andina. Los caminos, señala el autor, son accidentados por la topografía y las condiciones climáticas, cuestión que se agrava por el tipo de suelo y la acción de las quebradas andinas que en la temporada de lluvia, al volverse torrentosas, se desbordan de sus cauces y los hacen intransitables, sobre todo en lo que él llama “boladeros” (despeñaderos, precipicios). Ese mal estado de las rutas obviamente obstaculiza la comunicación entre los asentamientos, aumentando su vulnerabilidad y restringiendo sus posibilidades de crecimiento y bienestar.

Coincidiendo con la visión de Santiestevan y Oviedo, el obispo Martí se percata claramente de la dependencia de las poblaciones de montaña con las zonas bajas a

través de la posesión de haciendas de cacao, agregando ahora la pujante empresa del cultivo de la caña de azúcar, de cuyas rentas se sostenían los vecinos blancos de los todavía incipientes asentamientos poblacionales andinos en las zonas trujillanas que describe en su viaje.

Martí, por otro lado, ofrece un cuadro de tensiones culturales interétnicas; percibe la problemática y el conflicto por disputas territoriales entre grupos indígenas, grupos de blancos, mestizos y negros en los Andes. Los pueblos, según la norma española, estaban divididos en pueblos de indios, pueblos de blancos y gentes de otro color (negros y mestizos). Sin embargo, en algunos casos había indefinición en cuanto al componente étnico de los asentamientos y ello suponía conflictos en un mismo lugar. Así, por ejemplo, el pueblo de Escuke estaba en disputa en la Gobernación de Caracas sobre su consideración como pueblo de indios o de españoles (Martí 1988, 455-460). Esta división era puesta en cuestión por los españoles que disputaban el pueblo y sus tierras

fértiles a los indígenas, mientras estos últimos alegaban el origen del pueblo y pedían protección para evitar la propagación de los vicios, sobre todo los asociados a los españoles ricos y a la población blanca de orilla o pobre. En otras poblaciones, esta división étnica se cumplía estrictamente, como observa en San Miguel, Niquitao, La Quebrada, Jajó y La Mesa, donde los indios rechazaban la presencia de españoles que pernoctaran en sus pueblos (Martí 1988, 412, 423-427, 435-444).

Como se observa, el texto de este religioso permite hacerse una idea sobre los asentamientos andinos, su formación, su vida cotidiana y su dinámica: un pueblo de indios congregaba grupos de nativos; luego, en tierras asignadas a encomenderos se formaban otras poblaciones derivadas de pueblos de indios en razón de dotarse de fuerza de trabajo. Por ejemplo, desde el pueblo de indios de La Puerta se formaron los de Mendoza, Escuque y Betijoque que iban colonizando valles y mesas con pequeños traslados de población colonizadora. Pero bajo esta capa de organización y de orden estaban los conflictos por la propiedad o el uso de los recursos.

En Martí, se puede percibir una preocupación constante en la legislación indiana por las condiciones de los emplazamientos atendiendo a su geografía y a criterios sobre población, tipo de casas, calidad de tierras y climas, con sus consecuencias para el trabajo agrícola que le brindaban cierta solidez. Así, señala con respecto a las poblaciones de San Lázaro y el Burrero y su relación con el páramo (percibido como hostil) y el valle (percibido con ventajas para habitar) que,

[...] el pueblo de San Lázaro es inferior al de Burrero pues [este] tiene casas mejores, tierras mejores y cercanas al pueblo, de allí que conviene congregarse en el de Burrero a todos los indios, pues los de San Lázaro, tienen tierras alejadas del pueblo [...] y [...] dichas tierras son en páramos y entre peñascos, y como son tierras frías, no van mucho los indios a trabajarlas por temor al frío y los frutos se dan muy tardíos [...]. (1988, 433)

Los pueblos de indios en el contexto colonial implicaban el paso a la situación de tributarios y, en consecuencia, generaban cargas económicas a sus habitantes, ocasionando fugas masivas hacia las zonas de misiones que se encontraban exentas de tributación. Sin embargo, a diferencia de los llanos en donde se encontraban estas misiones, el obispo percibe un espacio andino con asentamientos estables, pues, en las planicies, la mayoría de los pueblos son de reducción o de misión viva con intensidad de movimientos poblacionales a través

de las fugas, mientras que las etnias que habitaban los pueblos andinos eran más dóciles y sedentarias, lo que garantizaba un proceso de implantación más sostenido.

La visión del viajero se inscribe, por otro lado, en el contrapunto de las paradojas geográficas que ya se ha evidenciado en los autores anteriores. La descripción del obispo Martí también se inscribe en el discurso de la abundancia y la riqueza del territorio al dar cuenta con detalle de lo que produce cada lugar; no obstante, llama la atención la percepción negativa de algunos espacios andinos que son personificados en términos de salud o enfermedad. Por ejemplo, La Puerta es vista como un pueblo enfermizo: “por este pueblo, que está entre los cerros que son bastante altos, la dicha quebrada trae poca agua, porque dicen que se resume, y que pasando por debajo de este pueblo lo hace enfermizo, pero me parece que es enfermizo por lo enjujado de este terreno entre cerro y cerro” (Martí 1988, 444-445). De igual forma, la percepción negativa se repite respecto al poblado de Mendoza; así, señala que “[...] el camino es bueno —aunque— siempre entre cerros muy inmediatos, que hacen a este territorio muy angustiado y enfermizo, o a lo menos no sano” (Martí 1988, 446).

Apreciar a La Puerta y a Mendoza como lugares “enjujados” y “angustiados” remite, en primer lugar, al significado de enjuto, seco, delgado. La palabra “angustiado” en sentido figurado significa apocado y miserable; ambos adjetivos calificativos hablan de la presencia de lugares deprimidos en los Andes adscritos a la Diócesis de Caracas, lugares despreciables y, en consecuencia, poco aptos para la concepción de empresa colonial ligada al desarrollo de poblaciones florecientes económicamente, según la lógica del ordenamiento colonial y de la percepción territorial.

Los aspectos de clasificación de tierras y climas no escapan a la mirada de Mariano Martí, quien percibe y construye una categorización, que, aunque incipiente, le es útil para dar una idea aproximada del carácter plural y utilitario de estos lugares y sus atributos “buenos y malos” tan diversos en la propia geografía andina.

Así, señala a las tierras como “frías tierras quebradas”, es decir, de pendientes accidentadas y ásperas; “tierras malas” no aptas o de baja productividad; “tierras frescas” situadas a tres y media leguas del páramo Las Rosas o el de Niquitao, que es en su percepción el más frío de la Provincia. Luego, siguen las “tierras buenas” en los valles y vegas (Martí 1988, 395; 396) y las “tierras fértiles frondosas”, cercanas a las quebradas, como las de la parroquia de San Miguel Arcángel, el Valle de Carache y

en Boconó, una población pujante, las que están por esa condición fértiles/templadas aptas para sembrar (Martí 1988, 413; 416-417).

Estas categorizaciones muestran la percepción utilitaria de las tierras y del paisaje tanto en términos morales y personificados orgánicamente, como bueno, malo, salubre, enfermizo, como utilitarios: aptos y no aptos para el cultivo, pues, como se sabe, los Andes venezolanos son espacios geoeconómicos agrícolas y esto condiciona la mirada del viajero.

De igual forma, los aspectos hidrográficos de las vertientes andinas ocupan un lugar significativo y no escapan de su mirada al observar la relación de los ríos andinos con los Llanos a través del Mazparro (que nace en el páramo de Niquitao) y el río Santo Domingo (que nace en la sierra de Santo Domingo). También es clave la relación que establece entre el río Motatán (que nace en el páramo de Timotes y la Puerta) con el piedemonte y las tierras bajas del lago de Maracaibo por ser esta vía natural la mejor ruta que conduce al puerto de Maracaibo y con ello la salida de los productos agrícolas.

El obispo Martí expresa a través de los pasajes dedicados a los Andes una intensa preocupación por el problema de la ocupación y reorganización del espacio en función de los nuevos poblados de indios y el problema de autosostenimiento en esas poblaciones por medio del aprovechamiento de las condiciones físicas, los recursos existentes, el uso de la tierra, la fuerza de trabajo y el cuidado de las redes de comunicación tan accidentadas y faltas de asistencia en algunos parajes de estos territorios.

Asociada a este proceso de ocupación y cambio en el uso de la tierra, la estructuración de esos lugares andinos, según observa el obispo viajero, se ha hecho alrededor de los lugares sagrados de implantación colonial (iglesias y capillas), de allí que su presencia es clave en la organización del espacio. A ello se sumaría la base material de esas poblaciones que en su mirada dependen de las condiciones de la tierra, el clima y la percepción de lo bueno y lo malo, lo salubre y lo enfermizo. Recuérdese, además, que el interés primordial de la obra del obispo Martí era demostrar a través de la visita pastoral la sujeción jurisdiccional, vale decir, el control territorial a la cabecera eclesiástica con sede en la ciudad de Caracas, situada en el sistema orográfico central que mira hacia el Caribe, y tal control implica estabilizar el orden de las poblaciones.

La visión de control que este viajero ofrece imagina espacios de sujeción en esquemas de jerarquía administrativa de tipo religioso, por un lado; por otro, dibuja un horizonte de las opciones materiales y de las condiciones

de estas geografías para planear la empresa agrícola, que definía el atributo y la vocación de la región andina.

La realidad concreta que también se deja leer mostraba tensiones y contradicciones entre la escasez y la abundancia de recursos de una porción de los Andes deprimidos económica y poblacionalmente como lo eran, en efecto, estos de Trujillo, afectados por la baja densidad demográfica y la diversidad de climas. A los ojos del obispo, más acostumbrados a las pujantes haciendas de los valles centrales de Caracas, ello planteaba más límites que oportunidades al desarrollo agrario y al sostenimiento de las poblaciones en una región montañosa, que era, desde la percepción metropolitana de los centros de poder coloniales, una tierra lejana, un territorio en el confín suroccidental de la Provincia de Venezuela.

Conclusiones

La producción de imágenes geográficas construidas en el trayecto de los viajes emprendidos hacia los Andes venezolanos permitió apropiarse simbólica y materialmente de un territorio. Desde este punto de vista, el trabajo de interpretación examinó, a partir de operaciones de percepción, descripción y narración, la formación de un imaginario geográfico incipiente a través de tres textos coloniales que ayudan a comprender este proceso de entramado geográfico en el siglo XVIII.

Los recorridos y sus textos fueron llamando la atención sobre otras regiones de los Andes que no contaban con descripciones y conocimientos específicos más allá de los proporcionados por las crónicas e historias de Indias y algunos informes o relaciones de los siglos XVI y XVII. Las condiciones de un saber en formación durante el periodo estudiado mostraban la importancia que los pequeños textos de viajeros tenían al recolectar información en campo. El nuevo saber del espacio contenido en esa cultura viajera registraba y articulaba lo visto en un horizonte paradójico que, por un lado, anunciaba un ideal de progreso expresado en el discurso de la abundancia y la apreciación utilitaria del mundo material y físico contenido en las descripciones, y, por otro, percibía de forma realista las condiciones de precariedad existentes en determinados lugares.

Los textos analizados conforman un corpus de producciones viajeras híbridas: uno es un diario de viaje de un funcionario quien, por circunstancias de fuerza mayor, debe ir por tierra hasta Caracas atravesando la cordillera. Otro es un diario personal que narra las vicisitudes de una visita eclesiástica desde Caracas hasta las

estribaciones del norte Andino. Y el tercero es un libro de relación y referencia a los valores y recursos económicos del virreinato de la Nueva Granada y sus poblaciones, entre ellas, las andinas de Mérida y Táchira, sujetas a su jurisdicción. A pesar de sus diferencias de género, las descripciones que estos autores hacen en los apartados dedicados a los Andes venezolanos organizan el régimen espacial de construcción de imágenes geoeconómicas y geoculturales. Además, y desde otro plano, el desplazamiento en sí mismo desvela la experiencia instituyente del viaje, la relación que los propios actores hacen sobre los itinerarios seguidos. La travesía narrada implica el despliegue de emociones y prejuicios, los cuales, abren paso a la construcción de un imaginario y visiones geográficas de apropiación o rechazo que muestran la relación fenoménica del viaje hacia las zonas montañosas.

Como hemos visto, los textos se inscriben en el contexto de una cultura viajera cuyo régimen de espacialidad tiene como práctica común durante el siglo XVIII su fijación en escritura. Un ejercicio que, dada las características de los desplazamientos, prefigura un interés geográfico ambivalente y a veces parcial, cuando no portador de ciertos prejuicios que hacen problemática, por momentos, su lectura. En tal sentido, “[...] si queremos recuperar las contradicciones y posibilidades inherentes a las culturas del viaje, necesitamos recuperar las geografías precarias que están inscritas en y a través de ellos también” (Gregory 2000, 317). Este carácter incipiente y contradictorio, como se observa, no anula su potencia como fuentes para ir ensamblando el imaginario geográfico andino con las dificultades y selecciones arbitrarias o bienintencionadas que contienen.

Podemos a la vista de ello sostener con Capel que “la geografía y los viajes se fecundaban, pues, mutuamente en el siglo XVIII, aunque no todos los viajes fueran geográficos y aunque la geografía no consistiera únicamente en viajes” (1985, s.p.). El valor de los textos de viaje radicaba en las descripciones y narraciones cuya trama organizaba un saber geográfico, una forma de ir sumando partes a esa totalidad en construcción del imaginario andino que, como hemos visto, presentaba dificultades y posibilidades al viajero.

La visión resultante del desplazamiento entre las urbes y las periferias resultaba paradójica y de ella se desprende una pregunta que sigue estimulando investigaciones futuras: ¿cómo en medio de la abundancia descrita puede existir precariedad? Con ello nos adentramos en un campo complejo para estudiar el espacio colonial andino como un resultado de operaciones geográficas

imperfectas que implican un esfuerzo imaginativo y realista de valoraciones, posibilidades y límites del medio.

En virtud de ello, podemos leer dos actividades muy ligadas al conocimiento del espacio. Por un lado, suministrar información importante sobre la localización y distancias de los emplazamientos de las ciudades, pueblos y accidentes geográficos que describen. Y, por otro, inventariar recursos y ventajas comparativas, usos, accesibilidad, limitaciones y posibilidades. Es decir, ofrecer información sobre la calidad de esos lugares montañosos y sus valles para el desarrollo y mantenimiento de los asentamientos humanos, bases de la red de control territorial y de la propagación o consolidación cultural del modelo de ciudad o pueblo colonial.

En términos de poder, el territorio andino de la actual Venezuela es percibido en esos textos como un espacio dominado por dos centros administrativos, a saber: Santa Fe de Bogotá y Caracas, lugares centrales de un proceso de organización y dominio. El espacio andino está políticamente segmentado entre dos jurisdicciones: una de carácter político entre el Virreinato de la Nueva Granada y la Provincia de Venezuela; otra de carácter religioso entre el arzobispado de Santa Fe y el obispado de Caracas. Dos poderes visibles del orden colonial imponen el discurso sobre lo geográfico vinculándolo al inventario, la seguridad y el control socioeconómico en términos de prospección y control que se reflejan en las preocupaciones de los viajeros y en la necesidad de ir ajustando lo visto al orden hegemónico de la colonia y su visión de territorialidad.

Lejos de pensar en la imagen de una región andina apacible y libre de conflictos, en estos textos se descubren tensiones expresadas, en primer lugar, por la dependencia hacia las zonas bajas de producción cacaotera y economía de puertos con centro en Maracaibo. Este producto, junto al tabaco y la caña de azúcar y en menor grado el trigo eran base material principal del sostenimiento de los lugares centrales altoandinos (La Grita, Villa de San Cristóbal, Mérida, Trujillo). Junto a esta condición, las áreas de haciendas cacaoteras estaban continuamente asediadas en el siglo XVIII por la intensa movilidad de tribus de motilones, sobre todo en el piedemonte vinculado a la depresión del lago de Maracaibo, lo cual afectaba la acumulación de capitales en los incipientes centros urbanos.

Por otro lado, la situación de fragilidad del espacio socioeconómico se acentuaba con el deterioro de los caminos afectados por las condiciones inestables del terreno y las lluvias torrenciales. Estos naturalmente,

son descritos de forma negativa, lo que nos habla de su impacto en la circulación de bienes, cuya consecuencia inmediata era el deterioro de la calidad de vida en los asentamientos humanos andinos como los de Trujillo, caracterizados por el obispo Martí en su mayor parte como precarios. Frente a ello, estaba la población de Mérida que en la óptica de Oviedo y Santiestevan se muestra pujante o como un lugar de posibilidades.

Todos coinciden en un mensaje claro: la Corona debe volver sus ojos hacia los espacios interiores, debe apoyar su desarrollo y revitalización. Por ello, hacen continua referencia al valor de las tierras andinas como medio de producción primordial en una sociedad cuya acción humana debe ser promovida para estimular el avance de la frontera agrícola. Esto es explicable en la atmósfera intelectual de una época caracterizada por las ideas reformistas que pretendían un mejor diseño de planificaciones regionales tendentes a revitalizar los espacios subalternos sin perder el control y el dominio imperial.

En este contexto, era necesario obtener y concentrar el mayor número de inventarios geográficos para determinar aptitudes de la población, potenciales naturales, balance de recursos y redes de asentamiento de un espacio andino que sabían heterogéneo. El Imperio, el Virreinato de la Nueva Granada y la Diócesis de Caracas integrada en parte por espacios andinos necesitaban conocer sus espacios periféricos, dotarse de una imagen geográfica. Así, la pormenorizada mención de lugares permitía hacerse de una representación manejable del espacio y del proceso de ocupación. Por ello, las percepciones geográficas de estos viajeros no son neutrales y se inscriben en esa cultura de un viaje con utilidad que nos habla de un intento por organizar un saber geográfico centrado en hacer de la geografía andina un espacio atrayente en sus opciones y recursos pese a sus obstáculos.

Si se transmite una visión, esta será primeramente una visión utilitaria del paisaje. Las descripciones de los paisajes culturales andinos que realizan Santiestevan, Oviedo y el obispo Martí son ricas, aunque no devienen estéticas, hablan de un discurso y de una imagen de la abundancia o de al menos opciones geográficas de un medio que saben es diverso, como se deduce de sus descripciones objetivas. Se trataba nuevamente de conocer mejor el espacio interior.

En términos generales, la revisión de estos textos bajo nuevos parámetros explicativos del valor de las descripciones e imágenes permite armar un incipiente imaginario geográfico andino. Nos descubren matices y pliegues de la paradójica realidad colonial en los Andes y de las críticas

que surgen tal vez entre líneas. De esta manera, una relectura de textos que transportan imágenes geográficas del espacio andino-venezolano permite seguir indagando sobre el proceso de producción de discursos geográficos regidos por la implantación de un orden colonial y por su desestabilización, a partir de la experiencia concreta que ofrecen los viajeros en las periferias.

En cierto sentido, recuperamos los testimonios antes hegemónicos dentro del orden colonial, hoy olvidados o cosificados en el orden de esta modernidad. En ambos contextos, sigue imperando el silencio de los otros y del otro espacio que alteran los discursos coloniales y modernos en donde hay unos Andes más visibles que otros.

Finalmente, la visión geográfica que muestran algunos pasajes de estas obras registra la experiencia espacial del viaje, expresa el largo proceso de configurar un imaginario geográfico caracterizado por las paradojas de la abundancia y la bondad de sus ciudades y tierras junto a los problemas de los caminos y de las topografías montañosas que afectaban los flujos de mercancías y productos. Su visión geográfica explica en parte la ilusión de un orden que en el contexto del siglo XVIII buscaba su promesa de felicidad a través del vínculo con la tierra. La visión utilitaria buscaba impulsar un régimen de trabajo agrario que marcaba el orden y la organización espacial colonial. Este pasado aún marca en cierto sentido los atributos y la vocación de la imagen geográfica de los Andes venezolanos que abre otro campo para seguir interrogando la historia de una región.

Referencias

- Becco, Jorge Horacio. 1997. "Algunos viajeros por Venezuela (siglo XVIII)". *Boletín CIHEV* 9 (18): 5-25.
- Brendeke, Arnd. 2016. *Imperio e información: funciones del saber en el dominio colonial español*. Fráncfort: Iberoamericana Editorial Vervuert.
- Broc, Numa. 1991. *Les montagnes au siècle des lumières. Perception et représentation*. París: Éditions du Comité des Travaux historiques et scientifiques.
- Capel, Horacio. 1985. "Geografía y arte apodémica en el siglo de los viajes". *Geocrítica. Cuadernos Críticos de Geografía Humana*, no. 56.
- Cárdenas, Horacio. 1997. "Un personaje del siglo XVIII: Don Miguel de Santiestevan" estudio preliminar a *Viaje de Lima a Caracas (1740-1741)*, de Miguel de Santiestevan, 9-37. Caracas: Fundación de Promoción Cultural.
- Cosgrove, Denis y Verónica Della Dora. 2009. "Introduction. High Places". En *High Places: Cultural Geographies of Moun-*

- tains, *Ice and Science*, editado por Denis Cosgrove y Veronica Della Dora, 1-16. London-New York: I.B. Tauris.
- Cosgrove, Denis. 2008. *Geography and Vision: Seeing, Imagining and Representing the World*. London: I.B. Tauris.
- Cuervo, Luis Augusto. 1930. "Prólogo" a *Cualidades y riquezas del Nuevo Reino de Granada (1763)*, de Basilio Vicente de Oviedo, v-xxiv. Bogotá: Imprenta Nacional.
- Cuevas Quintero, Luis Manuel. 2017. "El giro de la mirada. La imaginación geográfica de Andrés Bello o del arte de volver los ojos hacia el paisaje americano". *Revista Derecho y Reforma Agraria*, no. 43, 61-77.
- Cunill Grau, Pedro. 1981. *La América andina*. Barcelona: Editorial Ariel.
- Cunill Grau, Pedro. 2007. *Geohistoria de la sensibilidad en Venezuela*, tomos 1 y 2. Caracas: Fundación Empresas Polar.
- Cunill Grau, Pedro. 2009. *Historia de la geografía de Venezuela: Siglos XV-XX*, volúmenes 1 y 2. Caracas: Consejo Nacional de Universidades, Oficina de Planificación del Sector Universitario.
- Della Dora, Verónica. 2016. *Mountain: Nature and Culture*. London: Reaktion Books.
- FAO (Food and Agriculture Organization of the United Nations). 2019. "Organización Territorial Provincial 2019 (Ecuador)". Consultado el 26 de febrero de 2024. <https://data.apps.fao.org/map/catalog/static/search?format=Shapefile>
- Gómez Canedo, Lino. 1969. "Estudio preliminar" a *Obispo Mariano Martí: documentos relativos a su visita pastoral de la Diócesis de Caracas, 1771-1784*, de Mariano Martí, xv-cxi. Caracas: Academia Nacional de la Historia.
- Gregory, Derek. 2000. "Cultures of Travel and Spatial Formations of Knowledge". *Erdkunde* 54 (4): 297-319.
- IGAC (Instituto Geográfico Agustín Codazzi). s.f. "Datos abiertos cartografía y geografía". Consultado el 26 de febrero de 2024. <https://geoportal.igac.gov.co/contenido/datos-abiertos-cartografia-y-geografia>
- IGVSB (Instituto Geográfico de Venezuela Simón Bolívar). s.f. "Capas vectoriales". Consultado el 26 de febrero de 2024. <https://igvsb.gob.ve/servicio/7>
- Kalifa, Dominique. 2019. "Escribir una historia del imaginario (siglos XIX-XX)". *Secuencia*, no. 105, 1-17.
- Martí, Mariano. 1988. *Obispo Mariano Martí. Documentos relativos a su visita Pastoral de la Diócesis de Caracas (1771-1784): libro Personal*. Estudio Preliminar y coordinación por Lino Gómez Canedo. Caracas: Academia Nacional de la Historia.
- Martínez de Pisón, Eduardo. 2017. *La montaña y el arte: miradas desde la pintura, la música y la literatura*. Madrid: Fórcola.
- Moncada Maya, José. 2003. *La Geografía de la ilustración*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Ortega, Julio. 1992. *El discurso de abundancia*. Caracas: Monte Ávila Editores.
- Oviedo, Basilio Vicente de. 1930. *Cualidades y riquezas del Nuevo Reino de Granada (1763)*. Bogotá: Imprenta Nacional.
- Parra León, Caracciolo. 1928. "Preámbulo". En *Relación de la visita general que en la diócesis de Caracas y Venezuela hizo el Ilmo. Sr. Mariano Martí, del Consejo de su Majestad, 1777-1784*. Caracas: Sur-América.
- Pérez Mejía, Ángela. 2002. *La geografía de los tiempos difíciles: escritura de viajes a Sur América durante los procesos de independencia, 1780-1849*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.
- Pimentel, Juan. 2003. *Testigos del mundo: ciencia, literatura y viajes en la ilustración*. Madrid: Marcial Pons Historia.
- Plataforma de Datos Abiertos Perú. 2023. "Datos abiertos". Consultado el 28 de febrero de 2024. <https://www.dato-sabierto.gob.pe/>
- Ramos Pérez, Demetrio. 1946. *Tratado de límites de 1750 y la expedición de Iturriaga al Orinoco*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- Santiestevan, Miguel de. 1997. *Viaje de Lima a Caracas (1740-1741)*. Caracas: Fundación de Promoción Cultural.
- Tuan, Yi Fu. 2008. *Space and Place: The Perspective of Experience*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Vega, Alejandra. 2021. "Mirar el Cerro Rico. Formas de ver en la Villa Imperial de Potosí, siglos XVI-XVIII". *Razón Crítica*, no. 10, 140-177, <https://doi.org/10.21789/25007807.1719>
- Vila, Marco Aurelio. 1996. *Síntesis geohistórica de la economía colonial de Venezuela*. Caracas: Banco Central de Venezuela.
- Vila, Pablo. 1969. *Visiones geohistóricas de Venezuela*. Caracas: Ediciones del Ministerio de Educación.
- Vila, Pablo. 1980. *El obispo Martí: interpretación humana y geográfica de la larga marcha Pastoral del obispo Mariano Martí en la Diócesis de Caracas*. Caracas: Universidad Central de Venezuela.
- Withers, Charles. 2006. "Eighteenth-century Geography: Texts, Practices, Sites". *Progress in Human Geography* 30 (6): 711-729. <https://doi.org/10.1177/0309132506071515>
- Zinni, Mariana. 2019. "Frederic Edwin Church: el pintor de Humboldt en los Andes". *Iberoamericana* 19 (70): 89-112. <https://doi.org/10.18441/ibam.19.2019.70.89-112>

Luis Manuel Cuevas Quintero

Doctor en Geografía con mención honorífica por la Universidad Nacional Autónoma de México. Magíster en Historia por la Universidad Iberoamericana, México. Docente e investigador en la Universidad Pedagógica Nacional, Unidad Ajusco, México. Miembro del Sistema Nacional de Investigadores, México, CONAHCYT CVU 490539. Líneas de investigación son: geografía cultural y de percepciones, geografía histórica; historiografía colonial en especial misioneros jesuitas y, teoría de la cultura y de la geografía.